



H o m e n a j e a L u i s F e r i a

LUIS FERIA nace el 18 de octubre de 1927 en Santa Cruz de Tenerife. Realizó estudios de Farmacia y Filosofía y Letras en Madrid, ciudad donde fijó su residencia hasta finales de la década de los setenta. En 1961 había sido galardonado con el premio Adonais por Conciencia. Tres años más tarde recibiría el premio Boscán por su segundo libro de poemas, *Fábulas de octubre*, publicado en 1966 por el Instituto de Estudios Hispánicos en Barcelona. Tras quince años de silencio, ya residiendo de nuevo en la isla de Tenerife, inicia en 1981 la edición regular de su obra con *Calendas* (Colección Poéticas. Tenerife). En 1983 fueron editados *Clepsidra* (Colección Piélagos. Gran Canaria) y *Dinde* (Editorial Bruguera. Reeditado por la Editorial Pre-textos en 1993). Su siguiente libro publicado fue *Salutaciones* (Colección Arenal. Cádiz) en 1985, al que siguieron, en 1986, *Más que el mar* (Editorial Pre-textos. Valencia), obra con la que fuera finalista del Premio Nacional de Poesía; en 1987, *Subrogación de Sor Emérita y otros prodigios* (Ediciones del Tapir. Madrid); en 1988, *Del Amor* (Colección Ultramarino. Gran Canaria), y en 1989, *Cuchillo casi flor* (Editorial Pre-textos. Valencia). También en 1988, la colección Biblioteca Básica Canaria recoge su antología poética *No menor que el vacío*, preparada y prologada por el ensayista Jorge Rodríguez Padrón. Ya en 1991, edita la plaquette *Seis querellas de amor* (Ediciones La calle de la costa. Tenerife) y *Casa común* (Editorial Pre-Textos. Valencia), obra con la que volvería a ser Finalista del Premio Nacional de Poesía al año siguiente. En 1994 publica *Tres cuentos* (Colección El quicial. Tenerife). En 1996 aparecería su última obra, *Arras* (Editorial Pre-Textos. Valencia). FERIA muere a finales de febrero del año en curso, 1998.

D

e una parte, gloriosos y fluviales, van los vitoreados remeros de Oxford y de Cambridge por la pulida lámina del Támesis. De otra, nómadas de solitarias geografías, están los pescadores de perlas abisales en el mar rojo de la existencia...

Hay poetas que cantan a la orilla de un río, viendo cómo pasan las aguas, y los hay también que se hunden en ellas, con sed de conocer los ámbitos del frío y el manantial remoto. Los primeros describen el cambiante color y las céleres ondas; deploran, ante el doloso espejo, el efímero todo. Los segundos, aquellos sumergidos en el torrente, cantan la progresiva corrosión de la vida, su desolación frente a la memoria, la derrota del sueño y el olvido.

Nadan los primeros agitando los brazos en el aire natural del mundo. Desde la ribera, entre rumores y laureles, les vemos avanzar. Y hasta aplaudimos. A los otros no se les ve sino de cuando en cuando, y apenas sabemos de ellos, de su terco buceo, sólo si, de improviso, sólo si, de tramo en tramo de la hosca corriente, aflora una mano sobre la superficie, una única mano instantánea, lanzándonos a todos, tan distraídos siempre con los otros, los guijarros luminosos de la revelación, como esquivarlas del persistente misterio que duerme en los fondos del agua.

Tal el poeta Luis Fera. Tal su mano de dádivas que emerge, rica de luz y de sabiduría, desde la hondura de esa otra —y más nuestra— realidad.

